

Presentación del libro

La luz de la razón. Literatura y Cultura del siglo XVIII. A la memoria de Ernest Lluch

en el Centro Aragonés de Barcelona, el 26 de enero de 2011,
por Aurora Egido

En primer lugar, debo decir que el libro que hoy nos convoca *La luz de la razón. Literatura y Cultura del siglo XVIII*, fruto de unas jornadas que tuvieron lugar en la Institución “Fernando el Católico” de la Diputación Provincial de Zaragoza en diciembre de 2008, al abrigo de la Cátedra “Baltasar Gracián”, ha contado con la estimable colaboración de José Enrique Laplana, Director del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza, que lamentablemente no ha podido venir hoy¹. Justo es además que agradezca su publicación a dicha Institución, representada aquí por su Director, Carlos Forcadell, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. Gracias extensivas a la Fundación Ernest Lluch y al Centro Aragonés de Barcelona que nos acoge, así como a todos los presentes y a cuantos no han podido venir y nos han felicitado por la iniciativa, esperando que este sea el tipo de homenaje que le hubiera gustado a Ernest.

Por otro lado, y si me lo permiten, en Barcelona, albergue de los discretos, según pensaba Cervantes, me siento como en casa, por haber estudiado y enseñado en ella varios años, y a la que me siento vinculada por los amigos y maestros con los que tanto he aprendido.

En este libro que presentamos se recogen los trabajos de José Luis Peset, Alain Bègue, Luis Sánchez Laílla, Josep Maria Sala Valldaura, Guillermo Carnero, Joaquín Álvarez Barrientos, José Antonio Ferrer Benimeli, Jesús Astigarraga, María Fernanda de Abreu y Leonardo Romero Tobar. El abanico, como luego veremos, consta de diversas varillas, relativas a la cultura, la ciencia, la filosofía y la literatura, sin olvidar las geografías de la Ilustración aragonesa, vasca y portuguesa. Y, en ese sentido, lamentamos que el profesor Roberto Fernández Díez, de la Universitat de Lleida, que se ocupó del ámbito catalán, no pudiera finalmente enviarnos su aportación, como tampoco lo hicieron Pedro Álvarez de Miranda y Fernando Savater, que hablaron durante las jornadas de 2008 sobre cuestiones filológicas y filosóficas de la época.

La pretensión de que el libro no solo se atuviera al Siglo de las Luces, sino que abarcara el puente con el Barroco y luego con el Romanticismo, queda cumplida en cierto modo, pues la segmentación en siglos no deja de ser una falacia más de aquello que Augusto Monterroso llamaba la afición humana por los números redondos.

Por otro lado, una buena parte del mismo la constituye el grueso de los apéndices añadidos a las conferencias iniciales, de evidente interés y originalidad, como veremos. El lector podrá así tener a su alcance no sólo un manuscrito inédito sobre Ignacio de Luzán, que ha encontrado en el Archivo de Santa Engracia, en Zaragoza, Juan Ramón Royo, sino la genealogía de una de las grandes figuras de las Luces Aragonesas: doña Josefa Amar y Borbón, también descubrimiento suyo. En el primer caso, se trata del *Discurso* que Fernando Magallón dedicó a Luzán en la Real Academia Española y que nos suministra datos curiosos para su biografía. Por él, sabemos que, huérfano de su padre, Antonio de Luzán, gobernador del Reino de Aragón, fallecido en Barcelona, Ignacio de Luzán, el primer preceptista español del Neoclasicismo, vivió con su abuela en esta ciudad y luego en Mallorca, antes de pasar con un tío suyo a Sicilia y a Nápoles, donde recibiría una educación exquisita que le permitiría fundamentar sus avanzadas ideas.

A su vez, Rafael Bonilla presenta el estudio y la edición del *Discurso en defensa de las Comedias de Frey Lope de Vega Carpio* del gaditano Francisco Nieto y Molina, que mejora mucho la perspectiva con la que los ilustrados veían el teatro áureo. Bonilla edita también *Los críticos de Madrid: En defensa de las comedias antiguas y en contra de las modernas*, obra del mismo Nieto, que amplía el horizonte crítico de un siglo en el que la sombra de Cervantes, Lope de Vega y Calderón de la Barca se alargaba sobre los predicados de la nueva preceptiva dramática desatando todo tipo de controversias.

A su vez, el profesor Alain Bègue nos ofrece un extenso catálogo de los libros de poesía publicados entre 1648 y 1750, que será sin duda de gran interés a la hora de establecer la continuidad y

¹ *La luz de la razón. Literatura y Cultura del siglo XVIII. A la memoria de Ernest Lluch*, ed. de Aurora Egido y José Enrique Laplana, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 479 pp.

las novedades que el género presenta entre esos dos siglos. El libro ofrece además una evidente novedad literaria con “*La colección de poemas de Ignacio de Luzán en los papeles del mayorazgo*”, prologados y editados pulcramente por mi colega de la Universidad de Zaragoza Luis Sánchez Laílla, lo que representa un paso fundamental cara a una futura edición crítica de los mismos.

Pero, al margen del contenido del libro, sobre el que volveré luego, desearía justificar de algún modo su origen, en lo que se refiere a la dedicatoria del mismo en la persona de Ernest Lluch, que tuvo numerosos contactos con Aragón a lo largo de su trayectoria docente e investigadora y que dedicó una buena parte de sus estudios a la Historia de la Economía en Aragón. Así lo confirman sus libros allí publicados, los discípulos que siguen su trayectoria académica y la creación de una sede aragonesa en Formigal de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. No es por ello extraño que la Universidad de Zaragoza haya creado hace poco una cátedra que lleva su nombre y que sean muchos los aragoneses que consideran el magisterio de Ernest Lluch como algo suyo.

Por lo que a mi respecta, quizás debería empezar diciendo que, aparte los años en los que fui profesora de los Cursos de Extranjeros o directora de otros dedicados a la Literatura Española del Siglo de Oro en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, tuve el honor y el placer de trabajar en ella como Vicerrectora de Humanidades y Cursos de Extranjeros, entre 1992 y 1996, siendo Rector Ernest Lluch. Y a este respecto, podría hablar mucho, claro está, de los veranos santanderinos y del larguísimo anecdotario que ello conllevaba, porque vivir en el Palacio de la Magdalena durante los veranos era como estar en un cuartel de lujo, viéndonos, más allá del horario administrativo, desde el desayuno hasta la cena, con todo género de personas, incluidas personalidades de relieve universal como Victoria de los Ángeles.

Algunos de esos recuerdos quedan reflejados en el catálogo de la exposición *Ernest Lluch. El esfuerzo por construir un país*, en el que colaboró también Pere Gimferrer y que titulé “La insaciable curiosidad de Ernest Lluch”. A la UIMP se la relaciona siempre con Santander, por tener allí su sede originaria y ser el lugar de mayor prosapia y relieve desde la época de su fundador, Ramón Menéndez Pidal, y siendo secretario el poeta Pedro Salinas. Durante los años de la Segunda República ellos hicieron de ese centro un santo y seña de la cultura española en su proyección internacional, contando con la presencia de Federico García Lorca y de otros miembros de la Generación del 27.

Lluch quiso devolver a esa Universidad el brillo de aquel tiempo glorioso, luego ensombrecido por los años oscuros del franquismo, aunque ya en sus últimas décadas, a partir sobre todo de finales de los 60, comenzara a dar señales de un cambio que sería afortunadamente definitivo con la transición a la democracia.

Al llegar a Rector de la UIMP, Lluch deseó partir siempre de sus fundamentos de origen, pero también quiso darle a la institución un proyecto moderno de futuro que la pusiera a la cabeza de las universidades españolas en todos los campos del saber, desde las humanidades y las ciencias sociales, experimentales y tecnológicas, a los ámbitos artísticos de la arquitectura, la música, la danza o la pintura y el teatro. Sobre todo en esos meses veraniegos en los que, más allá de titulaciones y exámenes, se podían abordar temas y asuntos fuera de los programas habituales y contar con lo más granado de los profesores españoles y extranjeros, además de con escritores y artistas que devolvieran a la entidad esa “I” de Internacional que había ido perdiendo con el decurso del tiempo.

El camino había sido iniciado anteriormente por otros rectores, pero el impulso que diera a la institución Ernest Lluch fue desde luego extraordinario. Interesado en incorporar a los mejores especialistas y en renovar los Cursos de Español para Extranjeros, la relación con el Instituto Cervantes y con las Universidades de Europa y América durante su mandato, fue evidente, pues además se tendieron puentes constantes entre las distintas lenguas de España, tanto en los Martes Literarios como en los cursos y conferencias.

El proyecto de Lluch se vio truncado, en parte, al final de su periodo de rectorado, al no poder llevar a término un deseo suyo muy firme, que consistía en hacer de la UIMP un centro superior de excelencia en el campo de la investigación, parejo al de otras instituciones como el Collège de France, que agavillara lo más nutrido de la Universidad española en colaboración con otros centros internacionales.

En el campus de la Ciudad Universitaria de Madrid, donde está la sede de la UIMP, todos trabajábamos a lo largo del año con nuestro Rector para gestar los cursos de Santander y los que tenían lugar en las sedes de Canarias, Sevilla, Valencia, Cuenca, La Coruña, Barcelona o Formigal. De todo ese inmenso y lento trabajo desearía destacar la vigilancia constante de Lluch en todos los planos, desde el académico al económico, pasando por el personal, para que la UIMP fuera un centro de máxima calidad; pero sobre todo la libertad con la que nos dejaba trabajar en nuestras distintas tareas. Pues Ernest tenía cien ojos, como Argos, y sobre todo un finísimo oído, que usaba para la difícil tarea de saber escuchar y, en realidad, para enterarse de todo y estar siempre al día.

Estratega audaz y amigo de los riesgos, pero siempre con los pies en el suelo, Lluch entendía la vida como aprendizaje y como docencia, sintiéndose a un tiempo maestro y discípulo, siempre con el almacén de la memoria rebotado de lecturas, conocimientos y anécdotas que enseñaban y divertían a un tiempo. El trato humano que dispensaba a quienes lo rodeaban era siempre directo y hasta familiar, pues llevaba la Universidad como si se tratara de su propia casa, aunque entendiendo siempre el cargo como un servicio público y transparente.

Ernest Lluch tenía un sentido clásico de la economía, anterior a su conversión en disciplina científica. Vale decir, casero, pues sus muchos conocimientos de la materia no le impedían acudir a la cuenta de la vieja cuando era necesario y a utilizar sobre todo el trato humano a la hora de recabar fondos para la UIMP. De ahí que su etapa se caracterizase por la firma de centenares de contratos y convenios con instituciones públicas y privadas, con objeto de conseguir financiación. Y si dineros son calidad, Lluch también sabía lo que tienen de servidumbre, por lo que siempre trató de preservar la independencia académica de la Universidad para que la financiación externa no supusiera una hipoteca académica que mermara el nivel o comprometiera los contenidos.

Lluch sabía además algo que a veces los universitarios olvidan, y es que, como decía Unamuno, se debe saber combinar la investigación con la divulgación, poniendo al servicio de la sociedad los conocimientos más altos con un lenguaje asequible que dé marca de calidad a lo que se transmite. Pero lo más llamativo sin duda fue su voluntad férrea de no renunciar a la investigación, incluso a título personal, apoyando siempre esa parcela y publicando numerosos trabajos durante su etapa como rector.

Ernest Lluch era camaleónico, pues se adaptaba a los lugares y a las personas con singular rapidez, ya fuera en Madrid, donde no sólo sabía de sus galerías de arte y de sus museos, sino de sus calles, plazas y parques, o de las posibilidades que ofrecían Santander y las demás ciudades en las que la UIMP tenía sus sedes. Conocía con pelos y señales desde dónde comer barato o dar un paseo tranquilo, hasta el calendario cultural y festivo de cada lugar, sobre todo en materia futbolera y musical.

Siempre rodeado de gente, buscaba (como vemos ocurre en *La vida* de Santa Teresa y, en realidad, a todo hijo de vecino) que lo quisieran, pero también que lo respetaran y hasta que lo admiraran un poco. De ahí la sensación paradójica de orfandad que daba a veces, pese a verse rodeado de tantos compañeros de profesión o de misión política. Algo tenía que ver en ello su porte de niño grande, materializado en un flequillo rebelde y juvenil, compatible con una calva coronilla, que, por lo demás, casi nadie percibía, debido a su estatura.

Hombre de talante dieciochesco y siempre bajo la enseña del “*Sapere aude*” (“*atrévete a saber*”) kantiano, Lluch quiso iluminar e iluminarse con la luz de la razón, mirando la historia actual desde los fundamentos neoclásicos, aunque no le faltara un toque fantasioso y romántico a la hora de entender la vida. De ahí que nos inclináramos a homenajear su memoria con un volumen como el presente, que se adecuara a su perfil humano y profesional.

Lluch llenaba los espacios del tiempo como si en ello le fuera la salvación, entrando en su despacho a primerísima hora de la mañana, saliendo el último, comiendo a matacaballo y dando respuesta inmediata a una agenda que parecía la suma de tres o cuatro usuarios. Gracias a su fe en el movimiento continuo, Lluch estaba en todo y se enteraba de todo (incluso anticipándonos a veces a lo que luego leíamos en la prensa, incluida -todo hay que decirlo- la del corazón), tendiendo lazos entre la Universidad y la calle a través de la radio, el periódico o la televisión, cosa que siguió haciendo años después. Su preocupación por los medios fue ingente y, en cierto modo, esclava, en la medida en la que él quiso también formar parte de ese mundo noticioso donde tanto cuenta la inmediatez de la opinión y donde tanto brillan, como decía Gracián, “los gallos de la publicidad”.

En eso -debo confesarlo- discrepábamos, pero, por lo mismo, siempre le agradeceré el respeto con el que atendía mis observaciones, aunque no coincidieran en algunos casos con las suyas, al igual que hacía con otras muchas personas, utilizando la Universidad como centro desde el que tender puentes entre los lugares de España, sin olvidar la proyección americana, europea y mediterránea. De ahí el impulso del Premio Internacional “Menéndez Pelayo”, que recibieron personalidades de la talla de Carlos Fuentes y otros escritores e historiadores hispanoamericanos, o los doctorados *honoris causa*, como el otorgado al excanciller alemán Helmut Schmidt o al arquitecto portugués Álvaro Siza. Y de ahí también los cursos organizados en Cuenca para la enseñanza del español como lengua extranjera en Marruecos, o aquellos otros dedicados específicamente a la cultura española para militares de alta graduación, provenientes de América o del mundo árabe.

Su sentido del humor no tenía precio, pues Lluch captaba siempre la diferencia en las costumbres y los usos, ya se tratara del cocido montañés, que tanto le gustaba, o de su observación sobre los extraños rizos en el cogote que, según él, lucían los caballeros del barrio madrileño de Salamanca y que no percibía en los de otros lugares.

No querría olvidar su gusto por las librerías y bibliotecas, siempre a la zaga de nuevas lecturas y descubrimientos en los archivos. Asiduo visitante de la Real Academia de la Historia y sobre todo de la

Biblioteca Nacional de España, Lluç pasó en ellas horas gozosas de estudio y trabajo. Ya alejados los dos de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, la última vez que lo vi, fue precisamente en la Sala de Lectura de la Biblioteca Nacional, donde nos encontramos a finales de octubre del año 2000. Hacía tiempo que no nos veíamos, aunque nos escribíamos de vez en cuando y nos felicitábamos las Pascuas.

En esa ocasión, tomamos un café, recordamos los viejos tiempos, discutimos como de costumbre y quedamos en vernos al mes siguiente en Madrid. Me dijo que llamaría a Miguel Herrero de Miñón y a Jesús Astigarraga, que también colabora en este libro. No hubo ocasión. A Ernest Lluç lo privaron de morir en la cama como hizo don Quijote, a quien tanto se le parecía en sus empeños por un ideal. ETA lo mató, y eso es lo que verdaderamente no debemos olvidar jamás, contándolo a nuestros hijos y a nuestros nietos, para que la verticalidad sesgada de un hombre de bien no quede en el olvido. Esa es la lección rotunda que debemos sacar, porque los hombres y mujeres del futuro deberán saber quiénes han escrito con sangre inocente la historia mundial del terror.

Pero frente a ese fondo oscuro y deleznable, nada mejor que la luz de la *sindéresis* y el ejemplo de la Ilustración, que mostró el poder de la razón para el progreso, extendiéndola a todos los ámbitos del saber más allá de cualquier creencia. Así lo afirma en este libro José Luis Peset, recordando que ya Kant creyó que la filosofía y la ciencia debían erigirse por encima de la teología. Y aunque los canales de la Ilustración española no fueran ni tan espaciosos ni tan numerosos como en Francia, es evidente que la ciencia avanzó considerablemente en ella durante el siglo XVIII. Desde las expediciones a América, que avanzaron a partir de lo realizado -en relación con la medicina y la historia natural- desde la época de Felipe II, hasta cuantos conocimientos ensancharon la visión copernicana del universo, las universidades, el ejército y la marina ampliaron los conocimientos sobre geografía, mineralogía y otros saberes, incluido el de la biología. Ahí están, entre otros, el curioso ejemplo de Celestino Mutis, con sus hallazgos médicos y farmacológicos o su estudio sobre la flora de Nueva Granada, así como el del observatorio astronómico de Francisco José de Caldas en Colombia, aparte la expedición científica hasta Filipinas y Australia de Alexandro Malaspina.

Los gabinetes, los jardines botánicos, las bibliotecas, las sociedades económicas de amigos del país, las aulas universitarias y las tertulias, se enfrentaron a los nuevos problemas de la nueva ciencia, aunque no faltaran, como decía Cadalso, los eruditos a la violeta. Científicos y escritores se dieron la mano e impulsaron toda una literatura científica que se plasmó en las revistas que difundieron los conocimientos recientes. Peset cita, entre otros, el ejemplo de Pedro Pablo Gattell, nacido en Reus y que estudió en la Universidad de Cervera. Su aventura en Cuba nos muestra su trabajo como médico y su interés por la astronomía, aparte su afán por continuar el *Quijote* hasta la muerte de Sancho Panza, empresa que, por cierto, no llegó a culminar. Su estancia en Cádiz, donde publicó unos *Anales*, nos muestra la unión de ciencias y letras que este curioso personaje representara a todos los niveles.

Señales de un tiempo nuevo que la propia literatura ya había ido anunciando en la segunda década del siglo XVII y que el profesor de Poitiers ya mencionado, Alain Bègue, analiza en este libro. Ello nos permite ver con mayor claridad cuanto supusieron los novatores en el puente entre el Barroco y la Ilustración, tanto en las prácticas públicas de la poesía, como en el triunfo de la oratoria y en los nuevos métodos expresivos, patentes en Pérez de Montoro o en Bances Candamo, que abrirían el camino a los poetas ilustrados.

En esa nueva vuelta a los clásicos, la *Poética* de Luzán, publicada por primera vez en Zaragoza en 1737, supuso un antes y un después que difícilmente se hubiera dado si su autor no hubiera adquirido, como dijimos, una educación cosmopolita como la que tuvo en Palermo y en Nápoles, donde aprendió latín, griego, francés, alemán y por supuesto italiano. Renovador de la teoría literaria española, su *Poética*, como nos dice Sánchez Laílla, supone un gran esfuerzo de síntesis y de didactismo, empeñado en aclarar e ilustrar con numerosos ejemplos la historia literaria desde los presupuestos de la autoridad suprema de Aristóteles. Luzán, que se consideraba a sí mismo moderno, guardaba sin embargo ciertas reticencias con las reglas, como él mismo demostró en su comedia *La virtud coronada*, que estrenó ya cuando vivía en Monzón. Atado al buen gusto, pero más como categoría intelectual que estética, aspiraba a un sistema universal en el que cada género fuese autónomo y diferente, y en el que la literatura fuera un territorio donde la belleza y la bondad pudieran ir de la mano.

El libro se aproxima también a otros géneros literarios. El teatro, a cargo de Josep Maria Sala Vallaura, profesor de la Universitat de Lleida, se despliega de forma muy distinta entre la primera y la segunda mitad del siglo XVIII. La pervivencia de las formas barrocas se enfrentaba a una poética venida de Francia que generaría la nueva comedia y la nueva tragedia desde otros presupuestos estéticos y morales. Pero conviene, en este sentido, recordar la tardía aclimatación de esos nuevos géneros que pretendían adaptarse a la política borbónica y al bien público.

El enfrentamiento entre neoclásicos y populistas nos muestra el difícil encaje de los gustos populares y las nuevas tendencias, pues, pese al triunfo tardío de comedias ilustradas, como las de Leandro Fernández de Moratín, el público aplaudía las comedias de magia y de santos como las de

Cañizares. El enfrentamiento entre bandos y la conciencia de algunos ilustrados nos hablan de las dificultades de cambiar los gustos populares a toque de trompeta, aunque a finales de siglo las traducciones y las obras de nuevo cuño se fueran abriendo paso. De ahí la necesidad de matizar, según prueba Sala Valldaura, el panorama de un siglo que tan lentamente se adaptó a los nuevos gustos neoclásicos y en el que triunfaron por doquier el sainete, la zarzuela y las formas híbridas. Así el cuadro secular en blanco y negro se enriquece con tonos grises y diferentes colores.

En cuanto a la poesía, Guillermo Carnero hace un análisis del sustrato filosófico que esta conlleva y que debemos analizar sin los prejuicios postrománticos que todavía subyacen en nuestro tiempo. De ahí la necesidad de entender que el siglo XVIII ofrece obras que, como las de Jovellanos o Cándido María Trigueros, son difícilmente apreciables desde una perspectiva que no abarque ese sustrato filosófico del que se partía y en el que tanta implicación tuvo la crítica sociopolítica. Carnero nos coloca, en este sentido, ante la *Epístola* de Meléndez Valdés que en 1797 dibujara a Carlos IV y a Godoy frente a un labrador lamentándose de que nadie hubiera tenido en cuenta su “corazón sensible”. Solidaridad y beneficencia fueron el paradigma de una poesía dieciochesca que, en definitiva, llevó a que los poetas se hundieran en esa melancolía teñida de azabache que supone el ser consciente de no poder cambiar el mundo. La misma que Goya reflejó en los retratos de Gaspar Melchor de Jovellanos y del propio Meléndez Valdés, con sus rostros saturnianos.

El panorama de la novela trazado por Joaquín Álvarez Barrientos dibuja a su vez la complejidad que supone analizar un siglo en el que no hubo, en materia narrativa, nada parecido al *Quijote* o a la ulterior obra de Galdós. La herencia cervantina y los despuntes del *Fray Gerundio de Campazas alias Zotes* del padre Isla aparecen junto a la influencia de la nueva estética, tan llena de sentimentalismo, aunque no faltaran los aspectos críticos y novelas como el *Eusebio* del alicantino Pedro Montengón, a la zaga del *Emilio* de Rousseau. Sin olvidar las novelas epistolares, con evidente carga social, política y moral, el profesor Álvarez Barrientos repasa además las traducciones y la prosa costumbrista, analizando obras cimeras como las *Cartas marruecas* de Cadalso, de difícil adscripción genérica. Un siglo complejo en el que la novela se acerca a la realidad y pretende adoctrinar y ser útil a los lectores.

La literatura, tan del brazo de la política y de la economía, se vistió en España de unos afanes que, si bien se acogieron a los de una misma Ilustración, tuvieron variantes muy distintas en el caleidoscopio peninsular. Ferrer Benimeli analiza toda una época presidida por esa búsqueda de la felicidad pública que suponía una transformación social y económica, a la par que una reflexión personal, pero al margen de directrices religiosas. Su trabajo parte de un análisis de la Ilustración europea, referido a Alemania, Francia y Hungría, para centrarse luego en esas geografías de la Ilustración, que no fue, como se suele creer, del centro -o sea, Madrid- a la periferia, sino que tuvo en el conjunto de las regiones una vida múltiple y variada.

Ferrer Benimeli analiza en particular la Ilustración Aragonesa en la segunda mitad del XVIII a través de sus instituciones, incluida la Sociedad Económica de Amigos del País, con personalidades tan destacadas como el botánico Nicolás de Azara, el médico Andrés Piquer o el Conde de Aranda. Sin olvidar a quien remontaría los presupuestos del Neoclasicismo para crear nuevos conceptos y formas, como es el caso de Francisco de Goya. Aunque hay que decir, que, en el caso de Aragón como en el de otras regiones, muchos ejercieran su profesión fuera de su territorio de origen. Ese Siglo de las Luces, que dibujara, en lo referido a Cuba, no hace tantos años, Alejo Carpentier, se caracterizó sobre todo por la variedad y altura mostrada por personajes provenientes de distintos lugares: Campomanes en Asturias, Feijóo en Galicia, Pignatelli en Aragón, Capmany en Cataluña, Mayans en Valencia, Floridablanca en Murcia, Peñaflores en Vascongadas, Olavide en el Perú, etc.

El caso vasco, analizado por Jesús Astigarrá, discípulo y amigo de Ernest Lluch, ofrece una perspectiva política y económica que sin duda abre nuevos caminos a la consideración de instituciones como la de los “caballeritos de Azcoitia”, germen de la posterior Sociedad Vascongada de los Amigos del País (el primer intento ilustrado de tal calibre y luego extendido con variantes al resto de España). El impulso reformista de dicha sociedad y su alejamiento de las Juntas Forales nos muestra la mezcla existente entre la filosofía ilustrada y la fuerista, lo que implicaba una rica fusión que, como es lógico, exigía renunciar a ciertos privilegios. Astigarrá concluye que “si resulta indudable la singularidad de la Ilustración vasca en el contexto general de las Luces Hispanas, también es evidente que esta no se puede explicar sin la naturaleza unitaria y cosmopolita de la propia Ilustración”. La regionalización se muestra así complementaria con el conjunto de la monarquía y con la búsqueda de unas reformas económicas que alentaron “un proceso de dimensión internacional de emergencia de la Economía Política en el que participaron la Monarquía española y sus regiones”.

Por último, Portugal, esa nación vecina tan poco conocida a este lado de la frontera, nos ofrece un panorama general del Siglo de las Luces que, aparte cuestiones literarias, plantea la del *afrancesamiento* frente al *iberismo* que la sujetaba todavía a la época barroca. María Fernanda de Abreu,

catedrática de la Universidad de Lisboa, analiza el largo reinado de Juan V y cuanto en él supuso, para la élite portuguesa, adaptarse a las teorías físicas de Newton o a la lógica analítica. De hecho, el ideólogo de las luces más importante, Luís António Verney, era de ascendencia francesa y fue en Nápoles donde publicó en 1746 su *Método de estudar ao estilo e necessidade de Portugal*, mostrando, una vez más, que la cultura no tiene fronteras.

La renovación de las academias y de las artes tras el terremoto de 1755, al abrigo de los programas ilustrados del marqués de Pombal, no deja de ser, en buena medida, una manera verdaderamente ilustrada de afrontar las grandes desgracias y las crisis con talante humanista, como todavía se puede ver en el trazado geométrico de la ciudad de Lisboa.

La figura cosmopolita y políglota de Matias Aires, un brasileño hijo de un navegante portugués, encarna, por otro lado, la adaptación de las ideas filosóficas de Pascal y de La Rochefoucauld en ese país. Un país en el que la frontera entre las luces y el Romanticismo no fue tan nítida, al igual que ocurrió en España. Como demuestra mi colega Leonardo Romero Tovar, el Romanticismo tuvo también en esta sus luces y sus sombras, incluida la propia historiografía que lo ha ido analizando. Las épocas no mueren ni nacen de la noche a la mañana y entre la *lira de marfil* neoclásica y la romántica *de ébano* hay muchas fracturas y continuidades.

El renuevo que supuso en Alemania e Inglaterra lo que luego se daría en llamar Romanticismo, se aclimató de manera muy distinta en cada nación. El Romanticismo entró con retraso en España y en la América Hispana, aunque paradójicamente los extranjeros, como ocurre todavía hoy, vieran en la Península el Romanticismo hecho carne.

Romero analiza la hipertrofia del yo y la solidaridad en el marco de un panorama político que se balanceó entre el liberalismo y el totalitarismo estatal, dando lugar al surgimiento de los nacionalismos modernos. Según él, “Tanto la concepción del moderno Estado liberal como la invención de la *nación cultural* reposan en el pensamiento teórico de los románticos”. Un Jano bifronte, entre tradición e innovación, confirma la difícil coexistencia de ambas tendencias, lo que constituyó, en buena parte, la mayor debilidad de la literatura romántica española. Al revés, que, por ejemplo, ocurriera en el caso de los románticos alemanes e ingleses, que se adaptaron pronto a la nueva escuela. En ese sentido, no deja de ser curioso que fuera un liberal emigrado a Inglaterra, José María Blanco White (tan del gusto de Juan Goytisolo), el que apelara a esa imaginación creadora capaz de vislumbrar “el mundo invisible que nos espera”.

Pero ya en este otro mundo visible de 2011, marcado por la palabra *crisis*, me permitirán que apele justamente a su étimo de *juicio* y de *discernimiento*. Vale decir, a esa luz racional y reflexiva que debe presidir nuestros pensamientos y actos. Sobre todo ante hechos como los que aquí hemos tratado de evocar, plasmados en un libro dedicado a la memoria de Ernest Lluch, que se atrevió a pensar libremente y que creía, como Jovellanos, que “la educación es la primera fuente de toda prosperidad”. Muchas gracias.

Aurora Egidio
(Universidad de Zaragoza)